CANTO NOVENO.

LA GLORIA Y EL MUNDO.

Yo me holgara en tal rigor
De que supiera tu fe
Lo que son celos, por que
Supieras lo que es amor:
¿Quién vió tan fiero rigor,
Pues cuando él te ofende á tí,
Yo el agravio padecí?
Buscas venganza cruel,
Y para vengarte de él,
La muerte me das á mí.

CALDERON DE LA BARCA.

CANTO NOVENO.

LA GLORIA Y EL MUNDO.

Deja el llanto que constante
Tu libertad enajena;
No seas con tanta pena,
Aurora de tu semblante.

LUIS BERMUDEZ VALMONTE.

Rubén por muchos dias
De su adorada al lado,
Permaneció callado
Temiéndola ofender:
Que espanto relijioso
La jóven le inspiraba,
Y aunque leál le amaba,
Sufria siempre fiel.

Mas viendo que María
Tenia por costumbre
De un monte ir á la cumbre
Al descender el sol,
Siguiola ocultamente
En una tarde bella,
Cual sigue de la estrella
El nauta el resplandor.

El velo de la jóven,
Movido por el viento,
Guiaba en su tormento
Al infeliz Rubén,
Que, triste, á cada instante
Desparecer veia
En la arboleda umbria
A la que amaba fiel.

Mas pronto donde el monte
Algun claro dejaba,
A parecer tornaba
Cual májica vision;
Pero en el mismo instante
Perdíanla sus ojos
Entre árboles y abrojos
Bañados por el sol.

Mas ¡ah! por dicha el aire,
De su adorada el velo
Alzábalo hácia el cielo
Teñido de carmin;
El velo cuyas puntas
El viento sacudía,
Y con afán seguia
El mísero infeliz.

Asi llegó del monte
La jóven á la cumbre,
Cuando del sol la lumbre
Dejaba el punto aquel;
Y al verse allí la hermosa,
Sintió feliz consuelo,
Porque veia el cielo
Mas cerca de su ser.

Los pájaros canoros
Cantando en dulce calma,
Posábanse en su palma,
Mostrando su pasion;
Y la natura entera,
De Dios cerca al mirarla,
Gozábase en mostrarla
Sus galas y esplendor.

Un rayo luminoso
Del sol, que á verla sube,
Como una blanca nube
Cercábala feliz;
Y armónicos cantares
Oíanse en el viento,
Y el dúlcido concento
De ruiseñores mil.

Rubén tras unos árboles
Mirábala escondido,
El pecho comprimido
Con un santo temor,
Y arrodillose al verla
Del cielo protejida,
Cual angel que no olvida
Su celestial mansion.

Y luego vió á la hermosa,
Con el placer mas vivo,
So un centenario olivo
Sentarse á descansar:
Pues las raíces anchas
Del arbol corpulento,
Formaban un asiento
Sencillo y celestial.

Asiento que cubrian
El musgo y larga yedra
Que en abundancia medra
Del verde olivo al pié;
Asiento á quien el árbol
Le daba grata sombra,
Y matizada alfombra,
La grama y el clavel.

Allí todas las tardes,
María, en dulce calma,
El corazon y el alma
Alzar solia á Dios:
Y al canto de las aves
Su dulce voz se unia,
Que plácida subia
Al trono del Señor.

Desde aquel sitio de admirable altura
Toda la vista lo abarcaba ardiente:
Desplegábase abajo la llanura
De flores llena y de agradable ambiente:
Del sol la luz resplandeciente y pura
Brillaba de Saréa en el torrente,
Cuyas gotas el aire al absorberlas,
Rubis finjian y flotantes perlas.

Torrente hermoso á cuya verde orilla
Los sicomoros y los sauces crecen,
En cuyas ondas transparentes brilla
Del sol la luz que las oleadas mecen:
Sobre las hojas de la flor sencilla
Rubís las gotas de cristal parecen;
Y el rio que entre rocas se desata
Se ve cual cinta de brillante plata.

A la derecha de la gran Judéa
La vírgen triste las montañas mira;
Tristeza fiel que el corazón recrea
De la que ausente por su Dios suspira;
Sus dulces ojos con afan pasea
Por soledades en que el viento jíra,
Mas do la Cruz de Jesucristo santa
Se eleva hermosa, y que al cristiano encanta.

Y mira al fin de la feráz llanura
El ancho mar, aterrador, hirviente,
Bajo la luz del horizonte pura
Moverse al soplo del lijero ambiente;
Mostrando el agua en su asombrosa anchura
Ser limpio espejo de cristal luciente,
Donde los rayos que del sol reflejan
Un mar de llamas y de luz semejan.

Sobre las olas del inmenso oceano,
Sobre las rocas y en el lodo inmundo,
Sobre los bosques y en el fértil llano,
Sobre el torrente límpido y profundo,
vierte su luz el astro soberano;
Y lleno de su lumbre el triste mundo,
De fuego otro universo parecia
Que de las manos del Señor salia.

Mas ¡ay! del orbe las bellezas tantas
Nada interesan á la fiel María,
Que la tierra, las flores y las plantas
En fúnebre crespon envueltos via:
Del cielo solo las delicias santas
Presentes siempre, por su bien, tenia;
Y la ancha tierra donde el viento zumba,
Era á sus ojos miserable tumba.

Ya el sol radiante que en el cielo existe
Su luz velase tras la niebla ruda
Como entre negras vestiduras, triste,
Se encubre hermosa la modesta viuda;
O ya cual novia que sus galas viste,
Su faz mostrase esplendorosa ó muda,
Nada á la hermosa en su dolor profundo
La consolaba sobre el triste mundo.

La dulce vista del hirviente oceano,
Del sol fuljente por la luz herido,
Le presentaba el corazon humano
Del fuego vil de la maldad vestido;
Ya las pasiones del mortal insano
Siempre de afan y vanidad henchido,
Su quietud pasajera y su inconstancia,
Su desmedido orgullo y su arrogancia.

—¡Yncomprensible Ser!.... dijo María
A pensar enseñada por la muerte:—
Del hombre el polvo vil no llenaria
La corta palma de su mano fuerte;
Y su alma es grande cual la mar bravía,
Mayor que el mundo que nos cupo en suerte;
Mayor que el orbe y que el profundo abismo;
Y solo menos que el Eterno mismo.

Fija en su idea religiosa y santa,
No oyó los pasos de su triste amante
Que se acercaba con dudosa planta,
Y firme siempre en su pasion constante;
Mas su voz dulce al escuchar que encanta,
Miró á Rubén con celestial semblante,
Y al verle triste, pálido y atento,
Le dijo tierna con sonoro acento.

—¡Ah, eres tú, Ruben querido?....—
Y le ofreció en el momento,
A su lado grato asiento
Bajo del árbol tupido,
Que al punto aceptó contento.

—María! dijo Ruben
Con voz triste y balbuciente,
Perdóname si inclemente
A turbar vine, mi bien,
Las ideas de tu mente.

Mas preciso era venir,
Despues de tanto callar,
Para poderte decir
Que el rigor me hará morir
Con que me miro tratar.

Mas respóndeme, María,
Respóndeme en qué consiste
Que al hablarte, vida mia,
Tiemblo en medio el dolor triste
Que me abruma noche dia?....

¡Ah, gran Dios que ha sucedido!....
Por qué no nos comprendemos
Cual un tiempo ya perdido
Que tal vez, dueño querido,
A gozar no volverémos!....

Antes.... ¿te acuerdas, María?
Antes casi sin hablar
Uno á otro se comprendia;
Y hoy.... ¡fatalidad impía!
Todo es enigma y pesar!....

Antes cada uno lograba
Completar el pensamiento
De aquel á quien escuchaba,
Y entendia en el momento
Lo que en su amante pasaba.

Y cuando en dulces sonrojos
No conseguia espresar
Del alma el lábio el pesar,
Lo decian nuestros ojos
Con ternura singular.

Y nuestras almas unidas,
Y una en otra confundidas
A comprenderse llegaban,
Y en deleites se embriagaban
Y en dichas hoy no sentidas.

¿Pero qué hay, ahora María,
Entre ambos, por mi tormento?....
¿Por qué no está en armonía
Tu fiel alma con la mia
Y el tuyo y mi pensamiento?

¡Ah! ya tu dulce mirada
Jamás la fijas en mí;
Y mi pasion acendrada
Miro que no vale nada,
Ni mi dolor para tí.

¡Ah!.... ya no sé lo que hacer,
Dueño del alma adorado,
Para hacerme comprender!....
¡Y sin embargo, muger,
Mi corazon no ha cambiado!...

¡Mi alma es tuya, siempre, sí;
Y siempre en tu amor se abisma....
Porque siempre piensa en tí....
La tuya es, pues, ay de mí,
La que no es, gran Dios, la misma!....

—¡Cielos!.... ¡y serás tambien
Como mi madre querida,
Que porque me vé aflijida,
Juzga, amoroso Rubén,
Que no la amo en esta vida!....

¡Y cómo triste no estar!....
Tú sabes, por mi consuelo,
Que he visto del alto cielo
Los resplandores sin par
Desconocidos del suelo!....

Tú sabes que mi alma tierna
Se ha en el cáliz empapado
De la vida sempiterna,
Y que al mundo me han lanzado
Sin saciar mi sed interna!....

Desde la escelsa mansion
De los bienaventurados,
He caído á esta region
De tormentos y aflicion
Do gimen los desdichados!....

¡Cómo, pues, no he de llorar
Las delicias agradables
Que allí llegué á disfrutar,
Y los que llegué á probar
Deliquios mil inefables!....

Lloro la luz.... la hermosura....
La verdad.... la paz.... la vida....
El amor y la ventura
En que he estado sumergida
En la celestial altura!....

¡Ah!.... quién me ha de consolar
En el mundo corrompido!....
¡Cómo no he de suspirar
Por el cielo que he perdido
Do tanto llegué á gozar!....—

Y al cielo alzó con fervor
Los ojos con gran dulzura;
Pero al mirar el dolor
De Rubén y la amargura,
Prosiguió con dulce amor.

—Mas no, Rubén adorado,
No obstante mi pena interna,
Mi corazon no ha mudado,
Ni para tí dueño amado,
Ni para mi madre tierna.

A los dos os ama el alma
Con la mas honda pasion;
Pues del mundo en la region
Sois los dos la dulce calma
De mi triste corazon.

—Que escucho!... ¿Me amas hermosa?....
¡Oh! que deleite cumplido
Esa palabra amorosa
Causa en mi alma cariñosa,
Angel del cielo caído!....

¿En qué, pues, oh Dios consiste,
Que ella no puede ahuyentar
El dolor que en mi alma existe,
Y que mi pecho esté triste
Y oprimido de pesar?

¡Me amas!.... al menos, María,
Así dices, cual yo anhelo;
Y sin embargo, alma mia,
Echas de menos el cielo
Estando en mi compañía!....

Conozco que yo, por mí,
Olvidaria la gloria
Estando cerca de tí:
Pues tú ocupas mi memoria,
Y tú eres mi cielo aquí.

—Tú no sabes, por tu mal,
Lo que es el cielo, Rubén,
Y te basta un corto bien
Pasajero y terrenal,
Para creerte en el Eden.

¡Pero yo!.... yo que he mirado
Lo que los divinos ángeles
Ven en el cielo adorado;
Lo que asombra á los arcángeles
Que ensalzan al Increado.

Yo que he sentido el amor
Infinito.... sin segundo,
Del que siento aun el ardor,
Yo, Rubén, no hallo en el mundo
Sino miseria y dolor!....

—¡Ah!.... bien decia yo, ingrata,
Que ya no hay amor en ti
Para quien te adora aquí;
Y aunque tu rigor me mata,
Piedad no tienes de mi!....

—Te engañas, Rubén: jamas
Amado como hoy has sido;
Que de la tumba he traído
Mas ternura y amor mas
Hácia cuanto aquí he querido....

Pero, Rubén, considera
Que tu Maria adorada
Ha vivido en la morada
Celestial en donde impera
Quien nos formó de la nada.

Considera que he vivido
Donde viven los arcángeles:
¡Ay! y que la hermana he sido
De los amorosos ángeles
Donde la dicha he bebido....

Que mi alma fiel se ha embriagado
En los goces celestiales
De Dios junto al trono amado,
Donde se bebe á raudales
Las delicias que he gustado.

Y que ni el bien, ni el consuelo,
Ni el placer, ni la ventura
De este desdichado suelo,
Pueden calmar la amargura
De la que ha estado en el cielo....

—¡Qué va á ser de mí, María!....
¡Qué va á ser de mí en el mundo
Sin tu amor que es mi alegría!....—
Dijo con melancolía
Rubén y con mal profundo.

Y en silencio se quedaron
Por largo espacio, crüel;
Y dos lágrimas rodaron
Por la faz del jóven fiel
Que del corazon brotaron.

Acababa el sol en tanto
De acercarse al horizonte,
Cubriendo con su aúreo manto
La cima del alto monte
Do crecia el amaranto.

El aura con soplo blando
Iba el aroma süave
De las flores derramando,
Y alzaba su canto el ave
Entre las rosas volando.

Era una hora en que natura
Muestra todo su esplendor
A la humana criatura,
Para mostrar la ternura
Con que le ama el Criador.

Era uno de esos momentos
En que los tristes mortales,
Al mirar tantos portentos,
De las cosas terrenales
Se prendan y están contentos.

—¡Mira cuán bello es el mundo
Que tu desdeñas, mi amor;
Dijo Rubén con dolor;
¡Mira del sol rubicundo
La belleza y esplendor!....

¡Mira esa naturaleza!....
¡Contempla ese mar altivo,
Y del aura la pureza!....
¡No tiene tanta belleza
Para tí algun atractivo?....

—¡Ay Rubén, yo no oigo aquí
Mas que un continuo quejido
De angustia y dolor sufrido!....
¡En el mundo para mí,
Todo está descolorido!....

La raza entera de Adan
Vive aquí sin paz ni amor;
Y en la criba del dolor
Jime el hombre en duro afan,
Porque así quiere el Señor.

¡Todo jime!.... y la natura
Jime tambien en sí misma
Bajo la corteza impura
Que la cubre y que la abisma
Entre sombras y amargura.

Ademas yo de las cosas
Que tú las ves tan hermosas,
He visto, Rubén, la esencia,
Y tu solo la apariencia
En tus horas deliciosas.

Yo he visto con solo echar
A nuestro globo una ojeada,
Cuanto esconde el ancho mar,
Y la luna plateada,
Y ese sol que ves brillar.

Y las maravillas tantas
De aquesa vejetacion
Con que tú, Rubén, te encantas,
Y como nacen las plantas
En esta triste mansion.

Y el éter leve he cruzado;
Y sus átomos brillantes
Con dulce placer contado,
Atomos bellos radiantes
Que solo el justo ha notado.

Yo el vínculo misterioso
He visto con santo anhelo,
Que une las cosas del suelo
Con las del fulgente cielo
Mansion de un Dios poderoso.

Y luego!.... ¡Dios de bondad!....
Mis ojos han contemplado
Absortos la inmensidad;
Y el sol verdadero amado
De indecible claridad....

¡Y los campos celestiales....
Y los oceanos del cielo....
Y esos de luz y consuelo
Globos que en fuertes raudales
Lanzan sus rayos al suelo....

¡Cómo quieres, pues, que ahora
Esas imájenes tristes
De lo que allí el alma adora,
Me agraden, ¡como tú insistes,
Si el dolor las descolora!....

Ese sol que te deslumbra
Y cuyo brillo te asombra,
Es solo una débil sombra
De otro sol que el cielo alumbra
Y que á Dios sirve de alfombra.

Esas brillantes estrellas
Cuyo fulgor te cautiva,
Son un vislumbre de aquellas
Que están en el cielo bellas
Derramando una luz viva.

La luna y cometas bellos,
Mundos de luz encendidos
Y en el éter suspendidos,
Son moribundos destellos
De otros astros desprendidos.

¡Un mar de luz es el cielo!....
¡Es de esplendor un oceano!....
Luz de dicha y de consuelo;
Diáfano y luciente velo
Del trono del Soberano....

¡Oh!....cuándo, cuando otra vez
Podré á esa gloria volar
De do me han hecho bajar
A este mundo de hediondez
Donde es constante el pesar!....

¡Cuándo podré de este suelo
Ir á la mansion sagrada!....—
Y la vírjen desdichada
Alzó sus ojos al cielo,
Y quedó triste y callada.

Rubén miraba á María
Con ojos llenos de llanto
Y tierna melancolía,
Sufriendo el duro quebranto
Que su corazon rompia.

—¡Ah!....Rubén!....la hermosa dijo:
Yo que por tí hubiera dado,
Antes de ir al cielo amado,
La vida que he recobrado,
Solo te apeno y te aflijo.

Ah! por qué, por qué, Dios mio,
De tu alcázar sin segundo
Me has arrojado á este mundo
A pagar con mi desvío
El amor de otro profundo!....

¿Por qué de tu escelsa altura
Hasta la tierra he caído,
Para hacer la desventura
De cuantos aquí he querido
Y en mí cifran su ventura!....

—María!.... esclamó Rubén
¡Crées que hubieras arrostrado
Antes de ir al cielo amado,
Por mí la muerte, mi bien,
Con pecho fiel y esforzado.

¡Y ahora no puedes, querida,
Resignarte á estar aquí,
Pasando tu dulce vida
Llena de amor junto á mí,
Que muero al verte aflijida!....

¡Y hablas, María, de amor!....
Y dices me amas cruél!....
¡No.... no.... la tumba de horror
Ha helado todo el calor
De tu corazon tan fiel!....

¡Pero ven.... ven vida mia....
Déjame con mi pasion
Reanimar tu corazon
Que ha helado la tumba fria
Para mi eterna afliccion!....

¿No sientes como palpita
Por su ardiente amor deshecho?....—
Y Rubén contra su pecho,
En su pasion inaudita,
La estrechó con lazo estrecho.

María no procuró
De sus brazos desasirse:
Con ternura le miró,
Y anhelando sonreírse
De esta suerte contestó.

—¡Rubén, tú crees que de hielo
Es mi pobre corazon!
¡Ah! no: yo traigo del cielo
Otro amor, otra pasion
Desconocida en el suelo!....

—Pues bien, hermosa María,
Si de tu pecho adorado
No me tienes desterrado,
Acuérdate, vida mia,
De un juramento sagrado.

Ten, ánjel mio, presente
Que cambiamos mutuamente
Nuestros anillos de oro,
Y juraste, bien que adoro,
Mia ser eternamente.

Ten presente, dulce amor,
Que juraste ser mi esposa
Ante el Supremo Hacedor,
Premiando mi fé ardorosa
Con tan singular favor.—

La jóven angelical,
Le echó una tierna mirada
Amorosa, celestial,
En la que miró pintada
Rubén su dicha leál.

—Si no te inspira terror
La que en la tumba ha dormido,
Aquí está, Rubén, querido,
Mi mano, mi fé y mi amor,
Como te hube prometido.—

En tanta felicidad
Rubén creer no podia;
Y contemplaba á María
Con una dulce ansiedad
Que el corazon le oprimia.

El esceso del placer
Sucediendo al del pesar,
No le permitia ver
Ni en otra cosa pensar,
Que en la que llega á querer.

En éxtasis á María
Y en silencio contemplaba,
Porque acaso allí temia
Que si algo tal vez hablaba
Su ventura destruiria.

—Unirme, Rubén, á tí,
Era mi único deseo,
Antes de morir aquí,
Porque tu ventura creo
La hubieras hallado en mí....

¡Oh, cuánto mas bien, querido,
Recibir la dulce muerte
Hubiera para mí sido
Despues que con lazo fuerte
Nos hubiera Dios unido!....

¡Cuánto mas, allá en el cielo,
Hubiera sido dichosa,
Si el dulce nombre de esposa
Llevado hubiera del suelo
Donde viví venturosa!

Tú formas, Rubén amado
Una parte de mi ser
En el mundo desdichado.—
Prosiguió ella con agrado,
Con dulzura y con placer.

—Tú la mas grata mitad
Aquí eres del alma mia;
Y nuestras almas un dia
De eterna felicidad
Gozarán y de alegría.

Y el santo lazo de amor
Las unirá tiernamente,
A fin de que dulcemente,
Amen al Divino Autor
De la gloria refulgente.

Ruben querido, añadió
La jóven resucitada
Con voz suave y delicada
Cual la brisa embalsamada
Que entre las flores posó.

Querido Rubén, no en vano
Nos hemos vuelto á encontrar:
El Eterno Soberano,
Nuestras almas quiere, humano,
En este mundo enlazar.

Desde nuestro nacimiento,
Nuestros destinos, Rubén,
Dios unió de su alto asiento,
Y llegado es el momento
De alcanzar tan dulce bien.

Tu alma es verdaderamente
Una parte de la mia
Que quiso el Omnipotente
Unir en la tierra umbría
Con amor indeficiente.

¡Oh!.... si juntos á morir
Llegásemos en el suelo!....—
Y esto María al decir
Sus ojos levantó al cielo
A donde anhelaba ir.—

Pero aun no han aquí acabado
Tus pruebas, Rubén querido:
De un mártir descuartizado,
Aun la sangre no ha corrido
Sobre tu pecho angustiado.

No ha corrido sobre tí
La amada sangre de un padre
Como corrió sobre mí,
Mientras de mi tierna madre
Dentro del seno me ví.

De Anai la sangre querida
Mi alma fiel purificó,
Y mis dias abrevió;
Mas tú, infeliz, larga vida
Tienes que sufrir.... yo no.

¡María!....bella María,
No hablemos mas que de amor,
De ventura y de alegría,
Que aun mucho en la tierra umbría
Gozar nos hará el Señor.

Repite, repite, hermosa,
Con esa voz dulce y pura,
Que en ser consientes mi esposa,
Y derrama la ventura
Con nueva tan deliciosa.

—Sí, sí: repitió María
Con grato y sonoro acento;
En ser tu esposa consiento
Porque tu alma y la alma mia
Vuelen á Dios al momento.

Vuelen juntas al Eterno:
Vuelen á la gloria amada
De donde estoy desterrada,
Y donde me ví embriagada
De dicha y placer interno!...